

«Su ánimo y su sinceridad son como una evaluación para cualquier cristiano profesante que haya pasado su vida en la iglesia “vistiéndose” para el espectáculo. Su crudo desprecio por el tipo de pretensión y postura que ha apagado a tanta gente herida es refrescante y debe ser emulado por otros siempre y cuando sea posible. Incluido yo».

BRIAN, abogado, California

«Craig no esconde nada al revelarnos todo. Por fin encontramos a alguien que tiene el valor de ser sincero. Me resultó fácil identificarme con las experiencias de Craig. Muchas fueron divertidas, aunque todas eran profundas. Fui inspirado y exhortado a ser sincero conmigo mismo y con Dios».

CRISTIAN P., empresario, Australia

«*Me estás tomando el pelo. Eso fue lo que pensé al leer Sin filtro. ¿Puede, en verdad, ser tan sincero?* Gracias, Craig, por mostrarnos el camino. Ahora pienso que puedo ser más sincero con mi esposa, mis hijos y mi iglesia».

SCOTT R., pastor, Michigan

«Este libro le llega a usted como una tormenta relampagueante de Oklahoma en un caluroso día de verano. Pensaba que a mis cincuenta años era lo suficiente sincero, franco, transparente y seguro de mí mismo como para decir la verdad acerca de quién era yo sin preocuparme por lo que la gente pudiera pensar. ¡Estaba equivocado! La verdad es que nunca fui *completamente* sincero con *nadie*, ni con mi jefe, ni con mi mejor amigo, ni con mi familia y ni siquiera con mi esposa. ¡Ha llegado el momento de cambiar!»

MARCOS A., director de una constructora, Connecticut

«Mis pautas perfeccionistas han quedado pisoteadas y la Palabra de Dios ha vendado las heridas de esas mentiras. Ansío ver cómo usará Dios a mi “verdadero” yo».

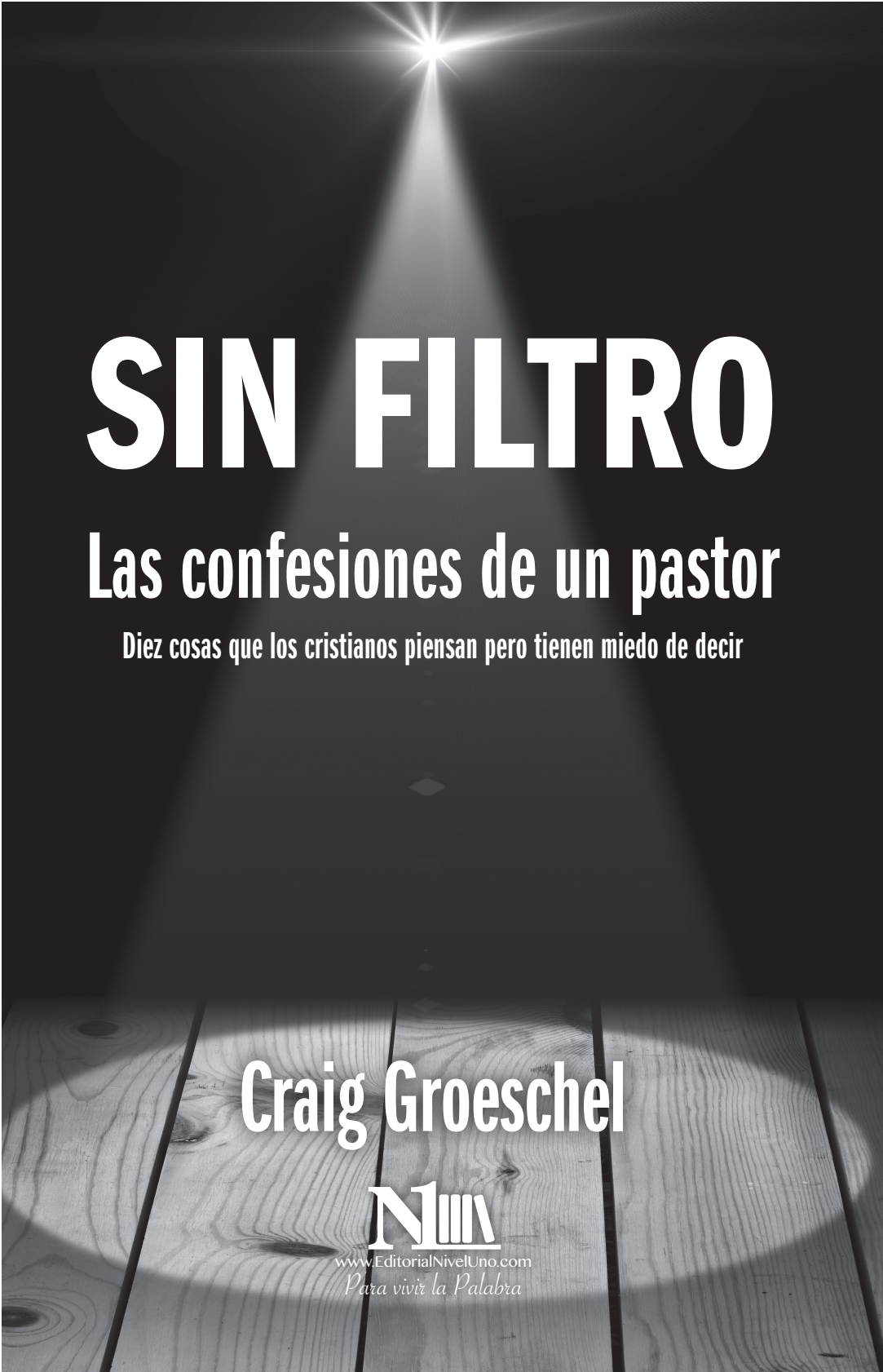
SUSANA, administrador, Arizona

«Craig no solo trata los temas sobre los cuales la mayoría de los cristianos teme hablar sino, más importante aun: nos dice lo que Dios piensa de ellos. Como seguidor de Cristo, la sinceridad que Craig muestra en este libro es refrescante».

CATALINA, coordinadora universitaria, Texas

«Me puse a leer *Sin filtro* preguntándome qué podría aprender de un “pastor muy importante de una gran iglesia” cuya vida era *a todas luces* una historia de gran éxito. Lo que Dios hizo en mi corazón me asombró. Al ir leyendo las confesiones de Craig, me encontré cara a cara con mis propias luchas y me enfrenté a una cuestión persistente: Si un pastor reconocido y exitoso puede confesar con franqueza sus grandes debilidades, entregárselas a Dios y experimentar esa clase de libertad, ¿qué esperaba yo? Este libro le retará a ser sincero en cuanto a sus faltas, al lanzarse a descubrir virtudes que no sabía que tuviera».

AARON B., diseñador Web, Oklahoma



SIN FILTRO

Las confesiones de un pastor

Diez cosas que los cristianos piensan pero tienen miedo de decir

Craig Groeschel

Nivel

www.EditorialNivelUno.com

Para vivir la Palabra

Para vivir la Palabra

Originally published in English under the title:
Dare to Drop the Pose by Craig Groeschel
Copyright © 2006, 2010 by Craig Groeschel
Published by Multnomah Books
an imprint of The Crown Publishing Group
a division of Penguin Random House LLC
10807 New Allegiance Drive, Suite 500
Colorado Springs, Colorado 80921 USA
Previously published under the title Confessions of a Pastor,
Copyright © 2006 por Craig Groeschel

Derechos internacionales contratados a través
Gospel Literature International P.O. Box 4060, Ontario, California 91761 USA

Esta traducción es publicada por acuerdo con
Multnomah Books, un sello de The Crown Publishing Group,
una división de Penguin Random House LLC

Edición en español © 2017 Editorial Nivel Uno, una división de Grupo Nivel Uno, Inc.

Publicado por:



Editorial Nivel Uno, Inc.

3838 Crestwood Circle

Weston, FL 33331

www.editorialniveluno.com

ISBN: 978-1-941538-37-1

Desarrollo editorial: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Diseño de portada e interior: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Fotografía de portada: *Ruslan Ivantsov / Adobe stock*

Todos los derechos reservados. Se necesita permiso escrito de los editores, para la reproducción de porciones del libro, excepto para citas breves en artículos de análisis crítico.

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVT® 1999 por Bíblica, Inc.®.

Impreso en USA

17 18 19 20 VP 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Contenido



Agradecimientos	9
Introducción: Había estado viviendo una mentira	11
Capítulo 1: No puedo soportar a muchos cristianos	21
Capítulo 2: Tengo que esforzarme mucho para mantener la pureza sexual	41
Capítulo 3: La mayor parte del tiempo me siento muy solo	61
Capítulo 4: Aborrezco las reuniones de oración	81
Capítulo 5: Casi siempre estoy preocupado	101
Capítulo 6: A veces dudo de Dios	119
Capítulo 7: Me siento completamente inadecuado	137
Capítulo 8: Manejo muy mal las críticas	153
Capítulo 9: Temo al fracaso	171
Capítulo 10: Una última confesión	191
Conversaciones: Una guía de estudio para uso individual o colectivo	197



Introducción

HABÍA ESTADO VIVIENDO UNA MENTIRA



Un domingo, estaba parado frente a mi iglesia lleno de temor. Temor de que pudieran pensar que les había fallado como pastor, que los había hecho quedar mal. Pero al fin estuve listo para decir la verdad, estaba seguro de que eso era lo que Dios quería que hiciera.

No había tenido ningún lío amoroso ni había robado dinero de la iglesia. Es más, mis pecados eran pequeños, cosas cotidianas; todos estaban ocultos a los ojos de los demás. Visto desde las bancas, parecía como si yo hubiera llegado a ser y hacer todo lo que se esperaba de un pastor, y que me había esforzado mucho por conseguirlo. Había *jugado* mi papel a la perfección.

SIN FILTRO

Y ese era el problema.

Voy a hablarles de la vida de un impostor desenmascarado. Esto es más que un relato matutino de un domingo. Se trata de cómo, a lo largo de toda una vida, un seguidor de Jesús bastante bien intencionado puede tener éxito al edificar una apariencia impresionante y, a la vez, faltarle mucho para ser auténtico, para ser ante todo la persona que Dios tan amorosamente creó.

Es probable que después de que lea este libro ya yo no le agrade. Sin embargo, pensar en la posibilidad de que Dios pueda usar mi experiencia para ayudarle a usted a quitarse la máscara —de modo que sea auténtico y genuino—, es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

FACTORES QUE HACEN AL ACTOR

Mis recuerdos más tempranos de la niñez me llevan a reconocer que yo «jugué ese juego». Quizá usted también lo haya jugado. Me esforcé por decir las cosas debidas en el momento debido a las personas debidas. Cuando las personas o las circunstancias cambiaban, yo también lo hacía.

Cuando niño hice todo lo que pude por agradar a mis padres. En la escuela me aseguré de que los maestros vieran mis mejores representaciones. No es que eso sea muy malo, pero mirándolo en retrospectiva, veo ahora que eran solo prácticas para lo que vendría más tarde.

Como adolescente, estaba dispuesto a hacer casi todo con tal de conseguir la aceptación de mis compañeros. Iba a las reuniones, juraba, mentía, engañaba y robaba. Pensaba que esas cosas me ayudarían a ser popular. Es cuestionable que ese estilo de vida me hiciera ganar muchos amigos, pero lo que eso me hubiera podido costar —a la larga— no lo es. Cuando empecé en la universidad,

Había estado viviendo una mentira

representaba tantos papeles que empecé a perder contacto con mi «verdadero yo». Sinceramente, empecé a preguntarme si *había* un verdadero Craig.

A los diecinueve años me convertí en seguidor de Cristo. Y las partes de mi vida que Él cambió, las transformó milagrosamente. Limpió mi casa. Pero en un rincón oscuro aquí, o en un armario cerrado allá, seguí creyendo que me iría mucho mejor fingiendo. Excepto que ahora presentaba una nueva fachada, una fachada espiritual. Era todavía el mismo juego antiguo, pero ahora en un escenario diferente.

En unos pocos años me convertí en pastor. Quizá usted piense que eso de ser tenido como «un santo varón» —cualquiera sea su significado— debió liberarme de inmediato de toda falsedad. Pero, como joven pastor, lo que hice fue convertirme en un profesional. Los miembros de mi iglesia vieron mis mejores representaciones. Engañé a muchos de ellos, pero no a mí mismo...

Y, desde luego, no engañé a Dios.

Entré al seminario *después de* haber estado pastoreado por un tiempo. Uno de mis profesores me enseñó principios ministeriales que fueron muy valiosos. En efecto, todavía practico mucho de lo que aprendí con él, y le estoy eternamente agradecido por su amistad y su liderazgo. Sin embargo, una de las cosas que me contó ahora creo que no solo era errónea, sino que era muy peligrosa. Él la llamaba la «mística pastoral». Y nos dijo a nosotros, aprendices ministeriales, que debíamos conservarla a toda costa.

«Las personas piensan que quieren que sus pastores sean individuos *normales, gente común y corriente*», solía decir, «pero en realidad no es así. Ellos quieren ver al pastor como un súper ser humano, mejor que la persona promedio. Los miembros de las iglesias quieren creer que el matrimonio de su pastor siempre está fuerte, que su fe nunca flaquea y que está virtualmente sin pecado».

SIN FILTRO

Absorbí cada palabra y me empapé de su consejo.

Semana tras semana, mi profesor seguía repitiendo sus advertencias acerca de la mística pastoral. «Manténganse en guardia», nos decía. «No permitan que ellos conozcan su verdadero yo. Guarden siempre las apariencias. Representen bien su papel. Ahora, ustedes son pastores. Y nunca permitan que ellos entren en sus vidas o les pesará».

Eso me parecía lógico. Era obvio que lo habían herido profundamente en su ministerio, por lo que quería evitar que sufriéramos dolores similares. Yo sabía entonces, y todavía lo creo, que su intención era buena. De manera que acepté de corazón lo que decía y continué perfeccionando mi papel de «buen pastor». Sonreía a los miembros de la congregación, les estrechaba la mano con las dos mías y terminaba cada conversación con la mejor frase pastoral: «Dios le bendiga». En algún punto de mi carrera olvidé que Dios me había llamado... no a ser *como un pastor*, sino a ser *como Cristo*.

Fue entonces cuando comenzaron mis luchas espirituales. No estaba viviendo con un inconfesable pecado grave, al menos no con esa clase de pecados que hacen que un pastor sea despedido. Además, mis motivos no eran malos. Yo amaba a Jesús y a su pueblo. Cada parte de mí deseaba hacer una buena contribución para Dios en este mundo. Me entregué por completo al ministerio, soporté largas horas de trabajo, reuniones aburridas, clases agotadoras, personas temperamentales y abundancia de conflictos en la iglesia, y todo por Cristo.

Después de unos pocos años, llegué a ser *bueno* en eso de representar mi papel como pastor. Las palabras ministeriales fluían de mi boca. Aprendí qué convenía decir y qué no convenía. Las bodas eran pan comido y los funerales me resultaban cada vez más fáciles. La predicación surgía de forma natural y mi destreza

al aconsejar mejoró poco a poco. La mayoría de las personas decían que yo tenía mucho futuro, que pertenecía a la clase de pastores a los que pronto los llaman a una iglesia más grande. Desde el exterior todo parecía que iba muy bien.

Sin embargo, Dios no mira el exterior.

LA PRIMERA DE MUCHAS CONFESIONES

Un domingo, después de otra semana de representar mi mejor escena para Dios, me preparé para predicar su Palabra transformadora. Al acercarme al púlpito, la verdad me golpeó directamente entre los ojos. No había orado para nada. Ni aquel día, ni el día anterior, ni tampoco el día antes de esos. Mi memoria me decía que no había orado en toda la semana.

Y yo me llamaba a mí mismo pastor. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que *me había convertido en un ministro a tiempo completo y en un seguidor de Cristo a tiempo parcial*. Visto desde afuera, hacía un buen papel: Decía «Dios le bendiga», seguido de la promesa: «Oraré por usted».

Sin embargo, casi siempre, eso era mentira.

Al subir a la plataforma para predicar esa mañana, reconocí en mi corazón que yo no era ante todo pastor, sino un individuo asustado e inseguro, normal y corriente, cuya vida Jesús había cambiado. Y, si Cristo en verdad me amaba como yo era (yo sabía que Él lo hacía), ¿por qué seguir intentado ser alguien que no era?

Tartamudeé durante el sermón, las palabras no me salían y tuve que esforzarme bastante. El mensaje resultó superficial, nada impresionante pero, de alguna manera, logré terminar. Regresé a casa ese día avergonzado de mí mismo por el papel que había representado con tanta habilidad, pero con el sentimiento y la esperanza de que podía aprender a ser yo mismo.

SIN FILTRO

Pasé la semana en pura agonía. Oré como no lo había hecho en muchos meses: *Señor, ¿qué ocurrirá si les digo quién soy de verdad? ¿Qué pasará si saben que estoy asustado? ¿Qué sucederá si me rechazan, o hablan mal de mí o me despiden?* Me costaba trabajo tragar la saliva. Entonces me aventuré un paso más: *¿Es esto lo que quieres que yo haga?* Pensé que sentía la seguridad que da Dios, pero no estaba seguro. Confiaba con el anhelo de que Él me estaba dirigiendo y que no eran solo mis pensamientos.

El siguiente domingo llegó y me dirigí al púlpito no tan bien preparado como solía hacerlo, sin una sola nota escrita. Lo único preparado era mi corazón. Con la garganta seca y muy nervioso, fijé mi vista en doscientos creyentes muy fieles y consagrados. Ellos me correspondieron con una amable mirada.

Silencio.

Al fin empecé a hablar. «Mi relación con Dios no es lo que debería ser». Mi voz temblaba con cada sílaba. Nadie se movió. Seguí adelante. «Se lo he confesado a Dios, pero ahora se lo voy a confesar a ustedes: Me he convertido en un ministro a tiempo completo, pero en un seguidor de Cristo a tiempo parcial».

Se podría haber oído el ruido de una pluma caer al suelo.

Seguí hablando, abrí mi corazón y los invité a todos a entrar. El mensaje de aquel domingo carecía de adornos: Sin humor, sin citas, sin poemas. Salió carente de frases atractivas y puntos que empezaran con la misma letra. Pero el mensaje era genuino. No escondí nada. Fue el mayor riesgo público que jamás he corrido. Fue también mi primer sermón *auténtico*. Prediqué muchas veces antes, pero esta era la primera vez que aparecía mi verdadero yo. En medio de mi exposición, algo comenzó a suceder, algo nuevo...

Dios se manifestó.

La realidad de su presencia es difícil de describir, pero es aún más difícil pasarla por alto. Algunas personas lloraban en silencio

Había estado viviendo una mentira

en sus asientos. Otras sollozaban, no tanto por mis pecados sino por los de ellos mismos. Antes de terminar mi confesión, muchos se acercaron al altar para arrepentirse conmigo.

Al mismo tiempo que fluían las lágrimas y las palabras, la paz de Dios remplazaba mis temores. Su seguridad alejó mis dudas. El poder de Cristo invadió mis debilidades. En aquel momento, Cristo Jesús se hizo tan real para mí como nunca antes lo había sido. El Salvador estaba conmigo... y creí que Él estaba complacido. Más que oír su frase: «Bien, buen siervo y fiel...», la sentí en mi persona.

En ese momento fue cuando todo cambió. Me convertí en un seguidor a tiempo completo de Cristo que, a la vez, era pastor. Nada de apariencias ni de poses, ni de juegos. A partir de ese momento, sería lo que en verdad soy.

O nada en absoluto.

UN SALTO DE FE

¿Por qué va a querer usted leer usted un libro sobre las confesiones de un pastor? Tal vez no quiera hacerlo. Pero repito, si le da la oportunidad a Él, quizás Dios haga algo en usted que no espera. Como lo hizo conmigo.

Sea sincero con usted mismo. ¿Está cansado de fingir? ¿De vivir para agradar a otros? ¿De representar un papel? ¿De hacer todo lo necesario para encubrir lo que en verdad es? Deje de esconderse.

Sea lo que Dios le ha llamado a ser. Viva para un solo testigo: Dios.

¿Estoy diciendo que tiene que confesar toda su basura delante de toda la congregación? No. Con algunas cosas, puede que eso sea lo que Dios esté esperando de usted. Pero con cuestiones más personales, será más sabio reconocerlas ante un pequeño círculo de

SIN FILTRO

amigos confiables o ante un solo amigo que le ayude a rendir cuentas. Pero jugar a ser el fugitivo de la verdad nunca le traerá paz.

El problema es que es más fácil permanecer como uno es, dejarse llevar por la inercia, vivir de manera mediocre y complaciente. Así puede evitar riesgos y seguir representando su papel. Eso es lo que la mayoría hace. A decir verdad, se verá recompensado con frecuencia por fingir. Nadie se va a quejar. Seguir igual siempre es cómodo. Será uno más. Aunque sepa que fue creado para ser único.

Sin embargo, si está harto de relaciones superficiales y vacías —si lo que anhela en lo profundo de su ser es una comunidad sincera—, va a tener que correr el riesgo. Se va a arriesgar a enfrentar juicios severos, malentendidos y críticas. Pero piense en la recompensa. Imagínese viviendo en la libertad y en la santidad de Dios. Sueñe con liberarse de la culpa, la vergüenza, el temor y las dudas. Véase más cerca de Dios —y de las personas que le rodean— que lo que jamás ha estado.

La decisión es suya: La vida como es o como podría llegar a ser.

Mi propósito es llevar una vida lo más auténtica, transparente y al descubierto que pueda vivir un seguidor de Cristo. Y lo siguiente es lo que he encontrado: A algunas personas no les caigo bien. Pero esa sería la situación en cualquier caso, ¿no es cierto? Por otro lado, a otros no solo les caigo bien, sino que me aman profundamente. Y a ellos no les gusta la imagen que una vez representé. Aman al Craig *verdadero* que Dios creó. Y yo los amo a ellos.

Cuanto más sincero soy con el Señor, conmigo mismo y con el pueblo de Dios, tanto más ricas y profundas se han desarrollado mis relaciones. Antes siempre tenía temor de que los demás llegaran a saber cómo era yo en verdad. Vivía con el temor constante de que me descubrieran, pero ya eso no sucede. He superado mis

Había estado viviendo una mentira

miedos porque me arriesgué. Y voy a continuar arriesgándome de forma sincera y verdadera.

Este libro trata sobre todo de riesgos. Al pasar cada página, es probable que usted experimente nuevas incomodidades. Esta senda de la sinceridad es el camino que he elegido tomar. No voy a jugar nunca más a lo seguro. Usted tampoco debería hacerlo. En realidad, *no se puede jugar a lo seguro y agradar a Dios*. La Biblia dice: «Pero sin fe es imposible agradar a Dios» (Hebreos 11:6).

Aun cuando nuestra fe sea pequeña, Dios puede hacer grandes cosas. Oro pidiendo que mis confesiones le ayuden a usted a dar el primer paso hacia una vida completamente libre de temor... de secretos... de dudas... y de inseguridades. Una vida de sinceridad. Una vida que agrade a Dios. La vida para la cual usted fue creado.